

Laura Eugenia Moreno

Pájaros en la Cabeza

tequisté



Pájaros en la cabeza

© de los textos: Laura Eugenia Moreno, 2022

© de esta edición: Editorial Tequisté, 2022

Coordinación editorial: M. Fernanda Karageorgiu

Corrección: María Belén Lacentra

Diseño gráfico y editorial: Alejandro Arrojo

1ª edición: agosto de 2022

Producción editorial: Tequisté

hola@tequiste.com

www.tequiste.com

ISBN: 978-987-8958-08-8

Se ha hecho el depósito que marca la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento informático, ni su distribución o transmisión de forma alguna, ya sea electrónica, mecánica, digital, por fotocopia u otros medios, sin el permiso previo por escrito de su autor o el titular de los derechos.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

Moreno, Laura Eugenia

Pájaros en la cabeza / Laura Eugenia Moreno.

1a ed - Pilar : Tequisté. TXT, 2022.

140 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-8958-08-8

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título.

CDD A863

Para Amanda. Desde el cielo sabe porqué.

Para mi familia, mi mágico sostén.

Y para aquellos que siguen viendo
fantasmas en un montón de ropa apilada.

Índice

Prólogo	9
La casa de Amanda	17
Salida al bosque rojo	22
Berta y el mundial	27
Ciudad Los Aromos	34
El tiempo justo	39
De compras	47
El cumpleaños de Paz	51
El secreto de la colorada	60
E-mail Celestial	64
El espejo	68
Esa estancia	73
Dos horas por guardia	79
Familia Esmeralda	83
La confesión de Verónica	86
Ramal 19	90
Sonia, la cajera	93
La glorieta y Esteban	97
La bicicleta	101
Salvate Beatriz	105
Mis amigas, las hormigas	109
¿Con o sin sexo?	113
Un turno para Tomás	117
Castig que me hiciste mal	121
En tinieblas	125
El geriátrico	129
Final de este vuelo	135
Sobre la autora	137

Prólogo

Parece mentira que una “pandemia” pueda servir de algo. Una pandemia que modificó nuestras costumbres y nuestros hábitos, que se trasladó a otro espacio y lugar, que llegó para desestabilizar hasta la partícula más ínfima de nuestro interior. Una pandemia dolorosa que nos condujo por la oscuridad, la incertidumbre, la empatía.

En mi caso en particular, una vez que pude asimilar el virus, sus consecuencias, su comportamiento, sentí que no podía paralizarme. Tenía la obligación de seguir andando. Se trataba de un tiempo de aprendizaje, de reinención. Un tiempo de (construcción-deconstrucción). Recién ahí pude transitar por un camino (que ya había comenzado) de exploración y descubrimiento personal.

Claramente, sentí la necesidad de contar, de escribir. Estaba convencida de que al hacerlo iba a comenzar a “sanar”. Además, podía dar otro aporte a la mediación cultural (como escritora), ya que soy docente. Así nació mi primera novela: *Corazón de Rubí. La vida en tiempos de pandemia*.

En este contexto me permití crear, jugar, imaginar, elegir palabras, dejar que afloren los textos internos que todos albergamos. Tomar mis silencios para dejar que se expresen en boca de mi narradora. En épocas de cambios, necesitaba escribir, y más y más. Sentirme viva (a salvo), apagada del caótico mundo exterior, en un perfecto estado de sonambulismo.

Dar valor a las cosas pequeñas, dejar que mi camino lector se retroalimentara por las historias, las canciones, los refranes, las poesías, los dichos que me habitaban y lo

siguen haciendo, y que, por más cruel que se nos ofreciese la vida, (por decirle de alguna manera), encontraba otro puente de comunicación.

Ese era —y es— mi estado de escritura, así que me zambullí y entré. De ahí, siguió el estado de lectura y relectura. Asimismo, descubrí un universo en el que me transformaba en artesana de la palabra. Andaba así, de estado en estado. El de casada seguía su curso normal.

Luego, siguieron las mil y una razones para escribir (ya había publicado). Entonces, llegaron los concursos literarios, las redes sociales, los videos para enviar a foros, ferias del libro, preparar talleres, entre otras propuestas. Es decir, alguien había abierto una jaula, y todos los pájaros estaban en mi cabeza.

Y lo estaban, de día y, más, de noche. De madrugada. Cuando viajaba, cuando iba a controles médicos, a hacer las compras, a pagar impuestos. Observaba más que antes, cada detalle. Y lo tomaba. Y lo guardaba. Entrenaba mi mirada y la reflexión. Pero hacía un recorte. No todo servía para lo que iba a contar o para los versos que irían a salir.

En tal sentido, es como nos dice Hebe Uhart: “La literatura es lo particular, son los detalles”; y, como tal, agrega que el que escribe tampoco se debe centrar en su propia historia, tiene que salir al exterior. Al escribir, se miente un poco. Eso lo sabemos todos ¿o no?

Regreso al asunto de mis pájaros volados porque es así. Dice Gustavo Roldán, refiriéndose a los cuentos que ruedan de boca en boca: “Tal vez por envidia, tal vez como venganza por sus fracasos, algunos hombres inventaron la jaula para pájaros”.

Cuenta que es viejo y repetido el sueño de los hombres por volar. Es así que los pájaros fueron el motivo principal

de las historias milenarias. De tal manera, tomo ese vuelo (mi propio vuelo) para hablarles de mis sueños, pesadillas, miedos, angustias, alegrías, amores. Para escribir de todo. Y sí, cuando sucede “ese encuentro”, sepan que un escritor o una escritora puede perturbar, movilizar y hasta incomodar sus propias emociones, ya que de eso se trata la literatura.

Cabe resaltar que comparto con el escritor Haruki Murakami el hecho de que al escribir ocultamos la intención de curación de uno mismo. Cualquier acto de creación encierra la idea de corrección. Por ese motivo, decidí conectarme con mis propios pájaros, con la sensación de que vuelan y llegan muy lejos. No tienen techo. Porque es la única forma de vivir que conozco.

Antes de concluir, les comento que preparé esta antología de cuentos, con diversos géneros que irán descubriendo. Intento, tal como afirma Dorothea Brande, en *Para ser escritor*, persuadir a mis lectores, a ustedes para que vean el mundo con mis ojos, concuerden en alguna situación emocionante o trágica, o que perciban la clave humorística. Esto, sabiendo que cada recorrido lector es íntimo, individual y trasciende mi propia persuasión de lo que les quiero comunicar.

Espero que disfruten, y sepan que ya he vivido dos veces. Una fue cuando, al comenzar este escrito, les dije que saliendo al mundo exterior me llené de detalles al vestirme de nuevo, desvestirme otra vez, me he entrenado. Y, al revivir todo, al escoger mis personajes, el estilo, el ambiente, las temáticas, el ritmo, la musicalidad, le di consistencia. El mundo ha pasado delante de nosotros, delante de mí, y me he dado cuenta. Esto me lo ha enseñado Natalie Goldberg.

Soy una afortunada.

L. M.





Laura Eugenia Moreno

Pájaros en la Cabeza



tequisté

“Si lo que escribimos no toca
el corazón de nadie
aún no se ha escrito.
Si lo que dibujamos no
enciende una mirada
aún no se ha dibujado”

JORGE LUJÁN

“Me hago y me deshago continuamente.
Diferentes personas sacan palabras diferentes de mí”

VIRGINIA WOOLF

1 FLAMENCO

La casa de Amanda

“Si lo miras bien,
la pena se parece al invierno.
Un día se va, y tú te das cuenta
de que sirvió de algo”.

LILIANA BODOC

Amanda fue mi salvadora cuando era muy pequeña. Mamá tenía que trabajar en una fábrica textil, de doble jornada. Un día le pidió a mi vecina si podía cuidarme; y, desde ese momento, entablamos una relación entrañable.

Ella madrugaba; yo, también. Me envolvía en una manta, y me dejaba en su casa. Todavía era oscuro, lo recuerdo muy bien, Amanda salía con su bata, y me tomaba en sus brazos. Mamá se iba con lágrimas en los ojos. Esto último me lo supo contar esta señora a la que amé con toda el alma.

Quién sabe cómo me entretenía, pero les aseguro que ese lugar significaba un mundo. Me cantaba canciones de cuna y recitaba poemas. Le imploraba que me repitiera una y otra vez uno de mis preferidos. Ella, incansable, decía:

“Veinticinco años que tengo,
hijo de un gobernador,

nunca he visto
un gato negro
con hebilla de pantalón”

No sé qué cosa me causaba tanta gracia. Si era su voz, sus ojos celestes, o pensar en **ese gato**. Luego, me sentaba por horas en una pelela e íbamos a comprar, eso sí (con los pañales colgando). Le decían: “Pero, qué linda esa nieta”

Y ella lucía esa palabra (la de “nieta”) con desmesurado orgullo. Se había ganado ese lugar —y no importaba si era o no legítimo—, aquel lazo sanguíneo. De niñera a segunda mamá, solo un paso. Y ya lo habíamos dado...

Su casa estaba inundada con aromas. Cultivaba tomillo, orégano, albahaca. Ahí crecí. Tenía un jardín repleto de hortensias y una Santa Rita. Hasta tuvo que sacarla cuando descubrió que me ocasionaba urticaria. Era alérgica. Me tuvieron que rapar la cabeza.

Una tarde la descubrí diciendo:

“Con la nena no, Santa Rita. No te metas con ella”.

Lo único verdadero es que, gracias a Amanda, la ausencia de mi madre fue llevadera. Yo la había apodado “Yaya”. Ahí, en su casa, era feliz a mi modo. Me pasaba la vida queiriéndola; y ella, a mí. Nos dejábamos querer.

No les puedo explicar lo que sentí cuando tuve que entrar por última vez. Ya era toda una mujer, Amanda tenía noventa años y, como vivía sola, representaba un peligro para los hijos (esos que nunca la iban a visitar; y si iban, era para sacarle dinero). Había comenzado a dejar el gas encendido; durante horas la puerta de la heladera permanecía abierta; se le quemaban las ollas, la comida. Además, desde la calle, le tiraban gatos. Como sentía pena, los metía a dormir con ella. No los podía abandonar.

Recuerdo que llegó a tener catorce. Y para todos los gustos. Le hacían caca en la cama. Si abrías el ropero, te saltaba uno. Si te sentabas, saltaba otro. El olor era muy fuerte, y se enojaba si le decía algo. Es que también eran compañía, atrapasueños de soledad.

Sin embargo, lo más triste es que “gente de mal vivir” se le metía a la cocina. Por no llamarlos delincuentes. Últimamente, dejaba también (olvidadiza como andaba) la ventana del patio abierta. Le sacaban lo poco que tenía. La asustaban, y se iban.

Una noche contó que le pusieron una navaja en el cuello. Nunca supe si fue verdad. La casa no tenía nada de valor, ni oro ni plata ni electrodomésticos lujosos. Tampoco encontraban billetes, había alguna que otra moneda. Algún que otro collar, cintos, chucherías.

Amanda almorzaba pan con ajo y manteca. Otras veces, mate cocido o sopa. Cenaba si podía. Si había. No sabía pedir. “Antes muerta”, me decía. Se arreglaba con lo que le llevábamos los fines de semana; y, con la ayuda que le brindaba su vecina Mabel (creo que así se llama). Se acercó mucho a ella cuando su marido la cambió por un modelo más nuevo. Luego, murió de tristeza. ¡Pobre Mabel!

A mi Yaya la perturbó su ausencia. ¿Y a quién no? Desde todos los tiempos la muerte ha sido un tema de preocupación. Un día le pregunté si ella se iría a morir pronto, y me dijo sonriente: “Yo no nena. Tengo otros planes para mí y para vos. Si soy como mi tía Deolinda, llegaré hasta ciento cincuenta años”.

Y, así, siempre me sacaba una sonrisa. Enterarme de que iban a vender la casa me devastó. Siguió lo del geriátrico y fue fulminante. Nosotras no podíamos tenerla, y sus hijos tampoco nos dejarían hacerlo. Claramente, no querían per-

der lo que retiraban: el “efectivo”.

Era el fin de las visitas que me transportaban a la niñez. Algo se empezaba a apagar. Cómo dolía. Definitivamente, dolía la injusticia. Dolía cerrar esa puerta para siempre. Dolía mirarla a los ojos, mentirle, porque se iba. No sabía cómo explicarle, cómo repartir ese dolor cuando también estaba partida.

De manera que le prepararon un bolso con cuatro o cinco cosas; la sacaron con la mirada ausente, sin luz. Antes de salir, pidió su rosario y su estampita con el Sagrado Corazón. Me dijo enseguida: “Cuidá la casa, nena. Hay ladrones. Ya vuelvo”.

Eso fue todo. No tuve la valentía de verla marchar cansina; de ver cómo se esfumaba hasta desaparecer por la puerta principal. Para hacer ese recorrido, tenía que atravesar su jardín. Ahora, disecado, consumido.

Me quedé adentro. Recorrí la cocina en ruinas, el lavadero, el baño. Seguí por el comedor, la habitación que me vio convertirme en mujer. No había mucho más, pero esos ambientes eran suficientes.

Se me presentó el olor a su jabón de heno. La pizza que preparaba, el tazón con sopa de verduras. Me puse a ver algunas fotos hasta que llegó mi mamá. Mis ojos estaban inflamados. Enrojecidos.

Nos abrazamos un largo rato. Yo era incapaz de cuidar esa casa sin Amanda. La flor principal. Me llené de ira, de bronca. Todos algún día iremos a parar a un geriátrico, me dije. Todos. Me odié por eso.

Prosiguió un buen reto. Mi madre seguía abrazándome: “No te das cuenta de que está viva. Solo se muda a otro lugar. Dejé de llorarla, por favor”.

Cómo explicarle que esa “otra casa” no era “su casa”.

Que ahí adentro, se iría a morir pronto. Sin sus gatos, sin su sábana, sin sus flores.

Era tarde. Teníamos que salir. Cerrar con llave, y esconderla donde siempre, en el costado de una maceta. Esta vez, era diferente. Volví a mirar antes de salir, y me vi. Estaba sentada alrededor de una mesa, y Amanda me curaba un supuesto mal de ojo. En un plato con agua y aceite, se me representaban otros ojos.

Uno, dos, cuatro, ocho.

—Nena, te envidian. ¡Mirá cómo estás!

A los cinco minutos se me había ido el dolor de cabeza. Para mí, era su magia. Ahora me sentía como desnuda. Ya afuera, en el patio, escuché su voz, sus canciones, sus versos y lloré hasta secarme. Luego grité: “Malditos ellos, que se la llevaron lejos. Malditos, por demoler la casa de mi infancia”.

Salida al Bosque Rojo

La parroquia del Socorro organizaba el tercer campamento del año. Tenían todo casi listo. Las familias trabajaron duro para embolsar comida, ropa y utensilios durante dos noches anteriores a la salida.

Felipe estaba entre los que se sumaban por primera vez. Sus padres no lo veían preparado, pero la catequista terminó convenciéndolos. Ya cumplía diez años. Habían programado realizarle su fiesta una vez que regresara del campamento.

Todo el grupo estaba feliz. Contaban los días con ansiedad extrema. Planeaban juegos, retos, canciones. Lo mejor eran los desafíos. Empacaron cartas, bolsas de arpillera, aros y pelotas.

El encuentro con la naturaleza más la mística espiritual eran ideales para que los niños y las niñas que asistían a estos encuentros se vinculasen en estado puro: sin celulares ni computadoras. En fin, nada que los contaminara.

Las reglas eran rigurosas. Si alguien no las cumplía, los expulsaban. Los padres confiaban plenamente en que eso fuera así. Nada de descontrol ni alcohol ni desorden dentro del campamento. Obediencia y confianza en los guías y en la comitiva de la parroquia.

El grupo de adultos estaba formado por el profesor de Educación Física, la catequista, el monaguillo Hugo y por

Rosa. Ella era voluntaria; y, junto a su hermana Dora, servían en la parroquia desde hacía unos siete años.

Todo marchaba sobre ruedas. El día había llegado. Las fichas de salud estaban entregadas en tiempo y forma. Nadie registraba problemas importantes, salvo el nuevo, Felipe, que era alérgico.

Antes de salir escucharon una charla (repetida para los demás), por lo que solo Felipe parecía prestar atención a esa insípida conversación. Si algo no le agradaba, era que su nombre resonara a cada rato:

“Felipe esto, Felipe lo otro”.

¿Acaso era el único que necesitaba escuchar lo que les decían?

Mientras se acomodaban los más grandes atrás del micro, notó que un niño le clavaba los ojos. Se le acercó, y le dijo al oído:

“Carlitos”.

Y se lo repitió:

“Car li tos”.

La segunda vez, lo separó en sílabas. Eso fue todo. No se sentaron juntos. Sin embargo, algo le decía que, desde donde estaba, lo vigilaba. Sentía cuatro ojos clavados en su espalda.

Tampoco le pareció raro que se presentara así. Seguro era tímido, al igual que él. Como estaba tan cansado, se quedó dormido. Soñó con un bosque. Los árboles no se mostraban en absoluto amigables. Él se reía a carcajadas, con asumido nerviosismo, aunque se hacía el valiente.

En ese sueño su imagen estaba rígida. Soplaban unas velas. No alcanzaba a ver la torta. Alguien le daba una mano. Alguien lo miraba, lo observaba muy de cerca. Esos ojos le eran familiares.

Despertó transpirado y con unas líneas de fiebre. Fue Carlitos el que avisó durante el viaje que “el nuevo” estaba malito. No podían regresar. Simplemente, porque habían llegado a destino. Además, ya sabían que no era algo para preocuparse.

Estas cosas suceden, manifestaba el monaguillo. Y se guiñaban uno al otro el ojo derecho. Antes de viajar, en una entrevista, los padres de Felipe se habían encargado de dejar muy en claro el currículum del niño. Una especie de prontuario:

- a. Es capaz de simular sentirse mal con tal de regresar con nosotros.
- b. No quiere crecer.
- c. Se la pasa leyendo.
- d. Se esconde en su habitación. En su propio mundo. De la escuela a su casa y, viceversa. Nada de amigos.
- e. No se quiere bañar ni lavar los dientes.

Indudablemente, Felipe estaba haciendo una de las suyas. Le administraron una aspirineta rosa con bastante agua. Luego, le asignaron una carpa y un compañero por sorteo. La casualidad quiso que fuera “Car li tos”.

Felipe sintió una apacible tranquilidad. Por lo menos, sabía su nombre, se dijo. Lo extraño era que, cuando pasaron la lista inicial, no lo había registrado. Pensó que era normal (con lo nervioso que estaba) no acordarse del nombre de todos los del campamento. No le encontraba sentido hacerlo.

Al otro día había que madrugar. Irían hasta el bosque rojo. Sin embargo, tanto Carlitos como Felipe no podían dormirse. Uno, porque lo había hecho durante el viaje. El otro, porque no estaba acostumbrado a dormir.

De tal manera, decidieron empezar a conocerse. Felipe tenía una pródiga imaginación; Carlos, también. Los dos

eran hijos únicos. Además, coincidían en gustos, en personalidad.

Las horas pasaban entre piedra papel o tijera y el juego de las preguntas. Felipe concluyó que era fabuloso coincidir con él en ese lugar. Casi se había olvidado de la fiebre, de sus padres, del miedo, porque sentía sensaciones extrañas. Sensaciones que nadie le creería.

De tanto charlar, se quedó dormido. Volvió a soñar. En ese sueño se daba cuenta de que Carlitos no era el que hablaba. Solo lo hacía él. Y que le faltaba la lengua. Se sintió fatal, y despertó con un grito inarticulado, era como un lamento.

Carlitos estaba vestido ahora, le daba la mano para asistirlo. Movi6 la cabeza. Le dijo que el “reto” del día era no hablar. Se lo escribió en un papel. Justo hoy, pensó, que es mi cumpleaños.

En ese papel le escribió:

“Si cumplimos el reto, sumamos **mil puntos**”.

Felipe asintió con una expresión festiva. Salieron justo en el horario acordado. Al menos, eso creía. Todavía no había aparecido el resto del grupo. Estaba empezando a sentirse contento.

No encontraba su reloj. Felipe se percató de que Carlitos lo había despertado. ¿Y si se equivocó? Bueno, ya estaban ahí. Por la puntualidad, ya sumaban cien. Eso lo reconfortó.

Tenían una misión. Sobresalía un papel pegado en la corteza del árbol. Leyó para sí mismo, con algo de dificultad. Una letra desmesurada ocupaba gran parte de la hoja. Era como de otro lugar. Si no, hubiera imaginado, hubiera reaccionado de que era demasiado temprano, de que todos, o casi todos, estaban durmiendo.

Caminaron muchísimo. Carlitos lo guiaba, él ya conocía el lugar. En silencio, tal como iban, Felipe empezó a sentir

agotamiento, como si hubiese dormido poco y nada. Se detuvo a tomar agua. Siguieron camino. La sed era interminable. ¿Acaso seguiría con fiebre?

El reto era muy peligroso. Los carteles que pasaban decían:

“Peligro. No pasar”.

Felipe miraba sin ver. Carlitos le llevaba una cuadra. Se estaba empezando a aburrir, y tenía hambre. Sacó de su mochila un chocolate que no sabía que tenía, y lo comió. Cuando levantó la vista, no vio más a su acompañante. No debía hablar. Perdería los puntos.

Se notó hinchado, debía ser su alergia. Tenía que encontrarlo. ¿Dónde estaría? No era momento para escondidas, pensó.

Allá en el campamento buscaron a Felipe por todos lados. No entendían nada. Este niño es peor de lo que imaginamos, se decían. A Carlitos, no pudieron preguntarle. No existía en ninguna lista. Y a Felipe lo hallaron deshidratado casi temblando. **Desorbitado**. Seguro que estaría fingiendo, decían a coro.

Felipe desde ese día, solo pronuncia un nombre: **“Car li tos”**, como si alguien le hubiese robado de su vocabulario las demás palabras. Guarda celosamente un papel de chocolate con una navaja.

¡Me gusta, quiero seguir leyendo!

Para terminar de leer este libro puedes adquirirlo en alguna de las siguientes tiendas online del mundo, tanto en papel* como en eBook.

*Para la versión en papel busca la mejor opción según tu lugar de residencia, teniendo en cuenta el envío.

amazon

Google Play
Books

Apple Books

Book
Depository

mercado
libre

BajaLibros.com

El Comercio

Casa
del
Libro

Podi books

SCRIBD

librerías
gandhi.

libreriadelaU

BARNES & NOBLE
BOOKSELLERS

fnac

cúspide

BUSCALIBRE.COM

compra directa con descuento solo para Argentina:

www.tequistelibros.com

tequisté